

INTERLUDIO TEORICO. III



EL PROBLEMA DE LA DIMENSION

La dimensión o magnitud de los sistemas, especialmente de sistemas artificiales tales como negocios, firmas y otro tipo de empresas, así como de ciudades, ha sido problema en economía solo en relación con la eficiencia de la unida productora. Las llamadas economías de escala y la correspondiente ley de rendimientos decrecientes son casos conspicuos al respecto. Las economías de escala en nombre de la eficiencia, tienden a favorecer lo grande y, en muchos casos, el gigantismo. La eficiencia esta referida a la producción, y concretamente a una producción llevada de manera que minimice los costos y maximice las utilidades. Si la producción a gran escala y los grandes centros metropolitanos facilitan la satisfacción de esta fórmula de eficiencia, se presume que estos son los sistemas que deben ser promovidos y favorecidos. El hecho de que la gran dimensión, o el gigantismo de los sistemas puedan tener por si mismos un efecto adverso en el bienestar relativo de la gente que en ellos participa, nunca ha inquietado a los economistas.

Aunque yo mismo soy economista, desde hace mucho tiempo tuve la intención de explorar este tema, a pesar de que se suponía que no era parte de mi disciplina. Me resultaba difícil estar de acuerdo con esta opinión. De hecho la economía “tiene” que ver con el bienestar de la gente: Esta es en realidad una de sus preocupaciones centrales. El hecho de que lo maneje en forma mecanicista, suponiendo por ejemplo, la existencia de personas cuyo comportamiento económico es en general racional, no impide un esfuerzo para enfocarlo de manera no mecanicista, como sería el caso de suponer que haya gente cuyo comportamiento económico este también influenciado por la emoción y la intuición y caracterizado por reacciones y sentimientos impredecibles.

Este concepto que actualmente recibe escasa atención fue una vez problema de importancia central. Sobre el tema de los seres humanos y de la dimensión de sus ciudades es conveniente prestar atención a las palabras de Aristóteles:

“El primer recurso de una ciudad es la población, y abr que considerar cuantos ciudadanos debe haber y de que clase, y lo mismo respecto del territorio, cual debe ser su extensión y cualidad. Los más creen que la ciudad para ser feliz debe ser grande; pero si bien en esto están en lo cierto, desconocen por completo que ciudad es grande y cual pequeña, porque juzgan que la ciudad grande lo es por el número de sus habitantes, cuando se debe mirar más bien, no la población, sino la potencia. En efecto, hay también una

función de la ciudad, y la que mejor pueda llevarla a cabo debe ser considerada la más grande, lo mismo que puede decirse que Hipócrates es más grande, no como hombre sino como médico, que otro que lo aventaje en estatura...

Por otra parte, los hechos ponen también de manifiesto que es difícil y acaso imposible que la ciudad demasiado populosa se legisle bien; de hecho, entre las que tienen fama de gobernarse bien no vemos ninguna en que no se limite la población. Esto puede demostrarse también mediante una prueba teórica: la ley es, en efecto, un cierto orden y la buena legislación tiene que ser una ordenación buena, y un número excesivamente elevado no puede participar del orden; esto requeriría sin duda una fuerza divina, como la que mantiene unido el Universo. La belleza se realiza siempre según número y magnitud, y así la ciudad que una a su tamaño el límite que hemos dicho será necesariamente la más hermosa. Pero hay también una medida de la magnitud de la ciudad, lo mismo que de todos los demás seres, animales, plantas e instrumentos, pues ninguno de ellos conservara su capacidad si es demasiado pequeño o extremadamente grande, sino que, o quedara completamente privado de su naturaleza, o será defectuoso...

Por tanto empezara a haber ciudad allí donde el número de ciudadanos sea tal que empiece a bastarse para vivir bien en una comunidad política. La ciudad cuyo número exceda al de esta podrá ser una ciudad mayor, pero ese exceso, como hemos dicho, no es ilimitado. Cual sea el límite de ese exceso, es fácil de ver por los hechos. Las actividades de la ciudad se reparten entre los gobernantes y los gobernados; corresponden al gobernante el mando y la administración de justicia; ahora bien, para juzgar y para distribuir los cargos de acuerdo con los méritos, los ciudadanos tienen forzosamente que conocerse unos a otros, y sus respectivas cualidades, de modo que, donde no pueda ser así, necesariamente el ejercicio de los cargos y la administración de justicia serán defectuosos, pues en estas cosas no se pueden improvisar, como ocurre evidentemente cuando el número de ciudadanos es excesivo... Es evidente, por tanto, que el límite perfecto de la población es la cifra más alta posible para la autarquía de la vida y susceptible de ser abarcada en su totalidad (de una sola mirada). Quede así determinada la cuestión relativa a la magnitud de la ciudad.”

Incluso antes de Aristóteles, su maestro Platón había establecido como planteamiento fundamental que: “La ciudad solo debe crecer hasta que pueda hacerlo sin desvirtuar su unidad. Cuando uno declara que “los ciudadanos tienen forzosamente que conocerse unos a otros y sus respectivas cualidades” y el otro destaca la importancia de la “unidad”, ambos revelan una preocupación común. Se podría decir que ellos consideran la comunicación entre los ciudadanos como condición “sine qua non” para lograr una buena vida regida por la justicia y la virtud. Estos ideales están directamente relacionados con el concepto de escala, y más concretamente, con una escala relativamente reducida. El gigantismo, según su criterio, debía evitarse.

Es interesante observar que no solo los maestros griegos relacionaban la cualidad de vida con unidades sociales de escala comparativamente pequeña. Ninguna de las utopías posteriores cayó en tentación de conceder méritos al gigantismo. Tomás Moro propuso una comunidad ideal de 6.000 familias. Los falansterios de Fourier no excedían las 1.600 personas. Los paralelogramos de Robert Owen admitían de 500 a 2.000 miembros y otro

tanto ocurría con las asociaciones cooperativas de Horace Greeley. En cada caso las razones son las mismas: la unidad platónica y la necesidad aristotélica de que los ciudadanos conozcan mutuamente sus condiciones personales. Más tarde, cuando viva en Tiradentes, pude comprobar la importancia y el inmenso valor contemporáneo de estos principios.

Las ventajas de una dimensión social a escala humana se mantuvo tanto en Atenas como en Esparta. Las ciudades-estados del renacimiento Italiano siguieron el ejemplo a distintos niveles, así como las ciudades libres y notablemente prosperas de la liga Hanseática. En tanto ciudades ellas fueron las que generaron riqueza y diversidad cultural, a pesar del impulso hegemónico de grandes imperios tales como el sacro Imperio Romano Germánico que finalmente se derrumbó bajo el peso de sus proporciones absurdas y humanamente insostenibles.

Por más de 2.000 años, el imperio y la ciudad, considerados ambos en su sentido más amplio, se han confrontado como alternativas de modos de vida y formas de identidad. Este sigue siendo el caso, porque aunque carecemos de imperios, tenemos un substituto eficaz en las formas modernas de imperialismo. Unitarismo o federalismo, integración o balcanización, centralización o descentralización, nacionalismo o regionalismo, son todas manifestaciones de preferencias alternativas, tan validas hoy como ayer. Representan distintas opciones y como tal, suponen “costos y beneficios”. Al escoger, deberíamos estar conscientes de lo que esa elección implica. Si la intención es la comunicación y participación humanas, el gigantismo debería evitarse a cualquier precio.

Me parece indiscutible que los seres humanos se desarrollan de acuerdo a las relaciones que mantienen con su entorno. Toda su integridad, su equilibrio interno y externo, así como su alineación dependen del grado en que se sientan integrado con su medio ambiente. Esto depende a su vez, de la dimensión, homogeneidad o heterogeneidad del mismo. Todo tipo de entorno económico, espacial político cultural y natural puede tener tanto una dimensión optima como una dimensión crítica. Yo defino la primera como “humanizadora” y la segunda como “alienante”. En la primera los humanos son capaces de alcanzar un sentido de identidad e integración, mientras que en la segunda pueden endosar a otros su integridad individual. Dentro de una, la persona percibe las consecuencias de lo que hace o decide por sí misma. En la otra el ser humano se resigna a dejar que otros actúen y decidan por él. En la primera se hace posible el desarrollo de las personas; en la otra solo el desarrollo de los objetos. El logro de un equilibrio dinámico entre naturaleza seres humanos y tecnología –lo que por supuesto, es una meta muy deseable- solo es posible los seres humanos tanto al nivel colectivo como individual, se sienten directamente responsable de las consecuencias de sus acciones dentro de su entorno y, a su esto solo es posible si las dimensiones de dicho entorno se mantienen a escala humana.

Considerando que la escala de actividad económica tiene influencia directa en la escala de otros sistemas tales como las ciudades, quisiera volver atrás y analizar algo más sus consecuencias.

Debería reconocerse de una vez por todas que una medida tan abstracta como el PNB (producto Nacional Bruto) es un indicador engañoso del nivel y calidad de vida, ya que cubre cualquier actividad sin considerar si es beneficio o no para la sociedad. Por otra parte, ya existe evidencia poderosa de que la mejora de la estándar de vida (necesidades básicas y suntuarios constituye una fracción decreciente de cada unidad de un aumento del PNB; el resto se gastó en los cambios estructurales requeridos por el propio crecimiento, en sus efectos secundarios y en el manejo de los desperdicios. Debería quedar en claro que el aumento constante en la escala de la actividad económica alienta a los que en ella participan y destruye el elemento humano en el marco circundante.

En las actuales circunstancias el mantener sistemas tan onerosos, a la vez que se busca ansiosamente una suerte de equilibrio sólo para continuar rindiendo tributo a la “religión de la eficiencia”, puede calificarse con indulgencia como uno de los grandes desaciertos. Usando las palabras de Fouché: “Es peor que un crimen... en un error”.

De lo que ya hemos dicho sobre el problema de las dimensiones, podríamos deducir que los humanos, aunque crecientemente impresionados y afectados por las grandes dimensiones aún no han sido capaces de redescubrir su propia dimensión. Siendo la inercia su único ímpetu, no hacen sino fortalecer la falacia. Participan cada vez menos y se dejan llevar cada vez más. De modo que esta falla de participación que es, en parte producto de las dimensiones más alienantes en las que hemos caído, se convierte en terreno fértil para que los pocos ganen aún más poder sobre los muchos. Y si recordamos la advertencia de Lord Acton de que “El poder corrompe y el poder total corrompe totalmente”, deberíamos darnos cuenta de que estamos en una encrucijada donde la negligencia, la indiferencia y la incapacidad de reaccionar se han convertido en una forma de suicidio. Y ni siquiera de suicidio cometido en aras de un ideal superior, sino de suicidio en defensa de la estupidez y la obstinación.

Volvamos ahora a la ciudad y preguntemos cuáles se supone que deben ser sus funciones. Quisiera proponer, basándome en evidencia cultural e histórica autorizada, que hay por lo menos cuatro funciones que se espera que cumpla una ciudad: debe proporcionar a sus habitantes sociabilidad, bienestar, seguridad y cultura. Tales funciones sólo pueden realizarse si la comunicación humana entre los ciudadanos es satisfactoria y auténtica y si la participación es completa, responsable y eficaz. La comunicación y la participación fueron las inquietudes iniciales de este capítulo, cuando evocamos algunas voces del pasado. Podría ser adecuado explicar ahora en términos teóricos lo que es la comunicación como función del espacio y del tiempo humanos.

ESPACIO HUMANO SUBJETIVO

Todo sistema comprende un conjunto de elementos interrelacionados que operan unidos para lograr un objetivo común. Por ejemplo: cumplir una meta establecida. Sin una condición de finalidad, es simplemente un conjunto pero no un sistema. Un ser humano individual puede ser estudiado en cuanto sistema, así como una sociedad o una ciudad. En el caso de una ciudad considerada como sistema, las personas son los elementos o los subsistemas, ahora bien, si una ciudad es un sistema cuya función es proporcionar a sus

habitantes sociabilidad, bienestar, seguridad y cultura, el cumplimiento de estos objetivos dependerá de la manera en que sus ciudadanos (o elementos) se interrelacionen tanto entre sí como con los demás elementos que componen el sistema (o la ciudad). Los otros elementos pueden ser objetos naturales o artificiales u otros seres vivientes, como animales y plantas.

Definiremos en el sentido más amplio cualquier interrelación de elementos en la cual intervienen una o más personas (de persona a persona, de persona a objeto) como enlace de comunicación. No importa que la comunicación resulte buena, mala necesaria o inútil. Semejantes juicios de valores no nos conciernen por el momento, aunque lo harán más tarde. Las nociones avanzadas hasta aquí son suficientes para abrir el debate que nos interesa. Decir que toda comunicación humana ocurre en un tiempo y en un espacio puede parecer una verdad demasiado obvia –y así sería si nos refiriéramos solamente al tiempo cronológico y al espacio métrico. Pero como nos interesa un sentido más subjetivo, esta declaración adquiere un significado especial. Con esto en mente, definamos en espacio y el tiempo como fenómenos humanos subjetivos.

Empezando con el espacio, propongo la siguiente definición: el espacio (tal como es percibido) es el conjunto de relaciones abstractas que definen un objeto. Las relaciones pueden clasificarse de acuerdo a la forma, distancia, proximidad, profundidad, etc., todo lo cual supone la existencia de otros objetos. Por ejemplo: la distancia es distancia en relación...; la proximidad es proximidad... de; la dimensión es mayor, igual o menor... qué. Un objeto no puede ser definido ni tiene sentido sin referirlo a otra cosa. Wittgenstein declara que: “Así como somos incapaces de imaginar objetos especiales fuera del espacio u objetos temporales fuera del tiempo, así también no hay ningún objeto que podamos imaginar excluido de la posibilidad de cambiarse con otros. Agrega más adelante que: “Cada cosa está, por así decirlo, en un espacio de situaciones posibles. Puedo imaginar a ese espacio vacío pero no puedo imaginar a la cosa sin el espacio”.

Los seres humanos son responsables de las clasificaciones y por tanto de las relaciones abstractas que definen los objetos. Esta es la forma en que perciben los espacios y, al percibirlos, en realidad están creándolos o, para ser más precisos, creándolos para sí mismo, su vínculo con el espacio, es por lo tanto un vínculo con una realidad percibida subjetivamente. Los espacios métricos sólo son convenciones útiles para medir, evaluar y clasificar aquellos cambios y distorsiones que afectan a los espacios humanos subjetivos. Ilustremos esto con algunos ejemplos simples.

Cualquier persona que haya visto una construcción habrá observado el siguiente fenómeno. Cuando contemplamos los contornos de los cimientos, las futuras habitaciones nos parecen más pequeñas de lo que semejaban en el plano. Una vez que se levantan los muros, tenemos la extraña sensación de que las habitaciones han crecido. Del mismo modo, cuando las habitaciones están terminadas, pero vacías, se ven más pequeñas que cuando se las ha amoblado, siempre que el número de objetivos y de muebles no sea excesivo. ¿Cuál es la razón de este fenómeno?.

Tal vez la hipótesis más plausible sea que: la percepción de la magnitud espacial es función de la cantidad de información que recibe y almacena el cerebro en relación con el espacio en cuestión. En otras palabras, una habitación vacía, con su cantidad limitada de información, impone al cerebro un mínimo de relaciones abstractas. La habitación amoblada aumenta el número de relaciones abstractas y, por lo tanto, el cerebro almacena una cantidad mayor de información y el espacio se percibe como más grande. Explotemos otro ejemplo.

Si nos recostamos de espaldas para contemplar la noche colmada de estrellas, percibimos un espacio inmenso. El gran número de estrellas representa una enorme cantidad de información, cuando la percepción simultánea de su cantidad capta casi toda nuestra atención. Si sólo viéramos una estrella, la sensación de inmensidad del espacio disminuiría drásticamente. Finalmente, si estuviéramos rodeados de oscuridad total, la sensación de espacio desaparecería casi totalmente. Es así como la dimensión espacial percibida no depende de la distancia métrica en la que están situados los objetos en observación sino de la cantidad de información que dicho espacio entrega al cerebro.

La existencia de una relación entre la magnitud espacial percibida o la cantidad de información almacenada en el cerebro, me parece ser una hipótesis probable, aunque no puedo a estas alturas, verificar con evidencia probatoria. En todo caso, la relación que propongo parece ser menos que lineal. Es decir, que la sensación de magnitud espacial carece con el aumento de información, pero con menor intensidad que este último. La función podría ser logarítmica, tal vez, o su existe un punto de saturación, una exponencial negativa.

Estas especulaciones pueden aparecer como disgresiones innecesarias, pero en realidad son esenciales al tema central, ya que el espacio subjetivo influye de manera importante en el comportamiento de la gente. La aglomeración humana de los grandes centros metropolitanos, puede implicar solamente distancias métricas entre personas, pero en verdad la cantidad de información espacial es tan grande que los vínculos de comunicación se han tornado muy difíciles o imposibles. De hecho las personas se encuentran separadas por grandes espacios subjetivos. En las pequeñas ciudades ocurre lo contrario, como lo puede confirmar la experiencia de cualquiera.

Concluyo por lo tanto, que para propósitos de análisis y de planificación, las soluciones urbanas que sólo surgen de conceptos espaciales exclusivamente métricos no corresponden al problema real que afecta a las personas.

TIEMPO HUMANO SUBJETIVO

El éxito para definir el tiempo y penetrar su esencia ha sido la aspiración eterna de incontables filósofos y hombres de ciencia. No seré tan intelectualmente arrogante como para intentar dar una respuesta aquí. De hecho, me limitaré a sugerir que, tal como nos referimos a un tiempo cronológico o astral, también podemos hablar de un tiempo humano subjetivo. Me refiero a la sensación de duración que nosotros, como personas, tenemos de un acontecimiento determinado. Cinco minutos de dolor de muelas parecen como más

largos que cinco minutos pasados en gran compañía. Por lo tanto, y en vista de nuestros objetivos, definiré el tiempo humano subjetivo como el conjunto de relaciones abstractas que vincularan el ser con el acontecer.

Robert Ornstein define esta forma de experiencia temporal al decir_ “... nuestra experiencia normal del transcurrir del tiempo, de las horas que se acortan o se alargan, de un acontecimiento, reciente que nos parece “muy lejano”, de un intervalo que transcurre más rápido para una persona que para otra, o para una persona en una circunstancia determinada más que en otra, ése es el tiempo continuo, perseverante en el cual vivimos nuestras vidas.”. En su libro donde se examina un gran número de experiencias, vemos una clara confirmación de la subjetividad de las experiencias temporales de la gente. Él demuestra la validez de lo que llama “la Metáfora de la Dimensión del Almacenamiento” y la define como aquella que... “relaciona la experiencia de duración de un intervalo dado, a la dimensión del espacio de almacenamiento para este intervalo, en términos generales de procesamiento de información. En el almacenamiento de un intervalo determinado, al aumentar el número de acontecimientos almacenados o la complejidad de dichos acontecimientos, aumentará a su vez la dimensión del almacenamiento”. A medida que aumenta la dimensión del almacenamiento, la experiencia de duración se “alarga”. Podríamos decir que lo mismo puede darse en lo que he llamado la “intensidad” de la información, y que no tiene que ver con el número de acontecimientos almacenados ni con su complejidad. Un buen ejemplo es el tiempo desmesuradamente largo que toma una olla de agua en hervir cuando la estamos observando y esperando que hierva. La impaciencia con la cual aguardamos que se produzca un acontecimiento determinado, representa un aumento en la dimensión del almacenamiento que el cerebro ha reservado para procesar la información. Mi supuesto es que el espacio de almacenamiento realmente crece, porque la impaciencia obliga a reprocesar la información varias veces.

Mi hipótesis es que el procesar en un intervalo determinado de tiempo “n” cantidad de acontecimientos diferentes es más o menos equivalente a procesar, en el mismo intervalo, el mismo acontecimiento un número “n” de veces.

Léniz y Alcaíno, con diferentes enfoques, sugieren que al planificar el bienestar de la gente debe considerarse el tiempo subjetivo y no el cronológico. En este sentido declaran que un año “transcurre lentamente”, lleno de cambios e impresiones para los niños, mientras tiene tendencia a transcurrir más rápido mientras avanza la edad. Según los autores esto es así, debido a que las comparaciones de cualquier intervalo se hacen con intervalos ya vividos y no con unidades mecánicas de medición. Proponen que el tiempo, tal como es percibido por cualquier persona, parece ser proporcional a la raíz cuadrada de la edad cronológica de la persona.

Las observaciones de Ornstein se refieren a micro - experiencias, es decir a experiencias singulares, mientras que Léniz y Alcaíno se interesan por la macro - experiencia de la vida total. En este sentido ambas contribuciones se complementan. En el curso del estudio y análisis de estas investigaciones, el profesor Carlos Mallmann, de la Fundación Bariloche en Argentina, y yo, llegamos a la conclusión de que un elemento adicional debía ser tomado en cuenta. Nos parecía que una constante cultural debía ser incluida en cualquier fórmula

que pretendiera interpretar la sensación del transcurrir del tiempo de una persona. La identificamos como “constante cultural de la valuación del tiempo”. Su justificación como componente necesario de cualquier fórmula general se deriva del hecho de que culturas diferentes, incluso entornos diferentes, determinan distintos tipos de vinculaciones entre el ser y el acontecer. La antropología cultural presenta evidencias para corroborar esta aseveración. El vínculo, por falta de una mejor expresión, que coloca a una persona en un continuo temporal que la envuelve, la arrastra y determina su acontecer propio y compartido, es diferente para un habitante rural sedentario que para un nómada de. Del mismo modo, el vínculo de un campesino con el tiempo es diferente y tiene sentidos y consecuencias diferentes que el de un individuo urbano, especialmente de uno que vive en un entorno metropolitano industrial. No hay duda de que la famosa (y muy destructiva frase) “el tiempo es oro” no tiene sentido alguno para el campesino. Este está vinculado a un tiempo determinado por el metabolismo de sistemas naturales, mientras que el individuo urbano lo está a un tiempo determinado por el “metabolismo industrial”.

PERTURBACIONES ESPACIO - TEMPORALES

Ya hemos dicho que una ciudad es un sistema cuya función es, cuando menos, la de proporcionar sociabilidad, bienestar, seguridad y cultura. La naturaleza y la calidad de los vínculos que la gente establece entre sí y con los demás elementos que constituyen la ciudad y sus entornos, están subyacentes en esta posibilidad de cumplir semejante función. También dijimos que estos vínculos de comunicación se dan en tiempo y espacio subjetivos. Aunque no era necesario calificar estos vínculos anteriormente, ahora resulta adecuado el hacerlo. El propósito es proporcionar algunos argumentos para establecer ciertas características y condiciones para que una ciudad sea más que humana (ya que todas son humanas), humanizadora. La teoría, (aún no completamente desarrollada) que pretendo proponer, la he llamado “teoría de las perturbaciones espacio - temporales”. Se desarrolla de acuerdo a las siguientes orientaciones.

La gente que vive en una ciudad, vive en un espacio. Esto les presenta dos alternativas: estar en el espacio o integrarse en el espacio. Integrarse significa ser parte del espacio que uno mismo contribuye a generar como parte determinante del mismo, y por lo tanto, crea para sí mismo. Identifico dicha condición como “estado humano de sinespacia espacial”. En otras palabras, “soy parte (objeto - elemento) de un espacio que es mi espacio porque, mientras yo contribuya a su creación, simplemente por estar presente y por hacerlo definible por medio de mi presencia, por ser un elemento que en él es, alcanzo y adquiero identidad.

El estar, solamente, en un espacio, representa una ausencia de identidad. Es decir: “camino y me muevo, floto, por decirlo así, en una magnitud espacial que no puedo comprender y en la cual soy demasiado insignificante como para aspirar a ser un elemento necesariamente definible, capaz de generar espacio”. Identifico esta situación como un “estado humano de asinespacia”.

La gente que vive en una ciudad vive en un tiempo. Esto significa que están permanentemente expuestas a micro y macro experiencias temporales. El elemento subjetivo de ambas está influenciado por el tipo y calidad de los vínculos de comunicación

permitidos por el entorno. Cuando el tiempo subjetivo, vivido por un período determinado, inhibe la capacidad de crear y de completar satisfactoriamente un vínculo de comunicación que la persona considera objetivamente posible para este período (período cronológico), yo definiría la situación como un “estado humano de asincronía temporal”. Estas asincronías producen diversos grados de angustia y ansiedad, según la importancia dada por la persona interesada a los vínculos de la comunicación frustrada. En este contexto es profundamente conmovedor leer la anotación en el Diario de Franz Kafka, para el 16 de enero: “Esta semana fue un descalabro total. Imposible dormir, imposible la vigilia, imposible soportar la vida o más exactamente, la continuidad de la vida. Los relojes no se sincronizan, el reloj interior palpita de manera endiablada o demoníaca, o por lo menos inhumana; el reloj externo prosigue cojeando, con su ritmo habitual.

El tiempo subjetivo y el espacio subjetivo podrían ser considerados como campos de investigación separados. Sin embargo, cuando el problema es la ciudad, esa separación no tendría sentido, ya que ambos se influyen mutuamente. De muchos ejemplos he elegido sólo dos. El primero se refiere a las relaciones entre el espacio y las micro - experiencias temporales y es relativamente trivial. El segundo se refiere al espacio en relación con la macro - experiencia temporal.

Imaginemos un embotellamiento del tránsito en una súper carretera metropolitana. Imaginemos, además, que nos encontramos en uno de los vehículos. Finalmente, examinemos todo lo que ocurre a la luz de los

Conceptos que acabamos de explicar: 1) Un espacio métricamente grande se convierte subjetivamente pequeño para nosotros; 2) La reducción subjetiva del espacio produce en nosotros impaciencia; 3) La impaciencia determina un reprocesamiento continuo de la misma información, es decir que la información que el cerebro procesa es monótona pero de alta “intensidad”; 4) La intensidad de la información prolonga nuestra sensación de duración del acontecimiento; 5) Esta prolongación indeseada del acontecimiento bloquea nuestra capacidad de establecer y diversificar los posibles vínculos de comunicación, ya sea con otras personas, el paisaje o nosotros mismos; 6) Este bloqueo provoca degeneración a vínculos de anticomunicación, tocamos la bocina y lanzamos insultos a los demás; 7) Esta anticomunicación genera aún más impaciencia y el circuito se repite con creciente intensidad. Finalmente llegamos a casa... y todos sabemos lo que ocurre. Todo nos molesta; no hay tiempo para conversar con nuestras hijas e hijos y el problema más nimio se hace desproporcionadamente irritante.

Este modelo aparentemente frívolo describe las consecuencias de un “estado humano de perturbación espacio - temporal”. Sospecho que estos estado son responsables de muchas crisis familiares en las grandes ciudades. El “stress” resultante obstaculiza seriamente el éxito de los vínculos de comunicación, indispensable para mantener relaciones humanas equilibradas.

Considerado en forma aislada el modelo puede parecer trivial. Sin embargo, por muy triviales que sean estas alteraciones en sí mismas, se repiten sistemáticamente, días tras día en la mayor parte de las grandes ciudades, de manera que sus efectos perjudiciales son acumulativos.

El segundo ejemplo se refiere a la macro - experiencia temporal. Todas las personas, cualquiera que sea el lugar donde viven, son afectados simultáneamente por tres formas de envejecimiento: el envejecimiento cronológico, el envejecimiento biológico y el envejecimiento social. Me ocuparé de los últimos dos, ya que el primero es importante sólo por razones legales y burocráticas. La edad biológica es comparativamente simple y no requiere mucha explicación. Por otra parte, la edad social es más compleja: es la que la sociedad nos asigna a través de su actitud. Uno lo siente por la forma en que la sociedad lo trata y por el creciente número de oportunidades que ya no se nos ofrecen. Si la edad biológica y la edad social no están sincronizadas, el resultado puede ser bastante perturbador, y eso es precisamente, lo que deseo analizar.

La edad biológica puede estar influenciada, entre otros factores, por la herencia, el medio ambiente y las costumbres. El envejecimiento social está influenciado principalmente por factores ambientales y culturales. Si consideramos las costumbres como parte de la cultura, entonces la influencia de la cultura y del ambiente son comunes a ambas formas de envejecimiento. Cualquiera que haya vivido en un gran centro urbano metropolitano y en una comunidad rural o pequeña ciudad, tiene que haber observado una sutil diferencia en el proceso de envejecimiento entre ambas categorías. O para expresarlo de otro modo, las implicaciones no son las mismas. En un entorno urbano - industrial, la institución del retiro forzado es la sanción social que oficializa la ancianidad. Esta práctica es menos prevalente en las zonas rurales. Más aún, si el retiro o jubilación va acompañado de una falta de alternativas de actividad, la persona puede sentirse inútil y como carga para su familia, la que, a su vez, puede empezar a considerarla como un estorbo, lo que redundaría en la internación de un nuevo paciente a un asilo. Este tipo de envejecimiento social puede acelerar dramáticamente el proceso de envejecimiento biológico.

En las comunidades rurales y en las pequeñas ciudades sucede normalmente que una persona de edad avanzada llega a ser respetada por su sabiduría; se le asignan nuevas funciones, se le escucha (a él o a ella); participan activamente e influyen en la toma de decisiones. Continúan siendo activos, se sienten integrados a la sociedad y por lo tanto, útiles.

Los gerontólogos y psicólogos están de acuerdo en que el envejecimiento biológico se acelera si una persona se siente de más e inútil. Estos sentimientos de “superfluidad” son ciertamente más comunes en las grandes ciudades y centros urbanos que en las pequeñas ciudades de las áreas rurales. Podemos decir, por lo tanto, que si el envejecimiento social es más rápido que el envejecimiento biológico, tenemos un “estado de asincronía temporal”. Más aún, si el envejecimiento social tiende a ser más rápido en los centros metropolitanos que en las pequeñas ciudades del área rural, nos vemos frente a una situación en que la “perturbación espacio - temporal” está afectando a los grandes conglomerados urbanos.

Los factores culturales también son importantes. Según mi conocimiento, en los países orientales o africanos, el envejecimiento social no es una experiencia tan dramática como para los occidentales, pero incluso ahí, puede ser mejor envejecer en un entorno pequeño que en uno demasiado grande.

UNA CIUDAD PARA SERES HUMANOS

Ahora bien, no quiero dar la impresión de que soy un fanático de “lo pequeño”. La relatividad es válida para todo. Hay por ejemplo, grandes ciudades y.. ciudades grandes. Nos sentimos mejor en una que en otras, por similares que sean sus dimensiones. Es interesante especular por qué.

A riesgo de ser repetitivo, quiero declarar nuevamente las cuatro condiciones mínimas que supuestamente debe cumplir una ciudad: sociabilidad, bienestar, seguridad y cultura. Y ahora, permítaseme pedirle al lector que examine su propia experiencia de vida, en su propia ciudad, en relación con estos cuatro puntos. Me atrevería a apostar que si las cuatro condiciones se ven satisfechas en una ciudad grande, es porque esa ciudad tiene espacios pequeños dentro de sus grandes dimensiones. Quisiera explicar esto con ejemplos de mi propia experiencia. Uno de los períodos más felices de mi vida fue durante los años que viví en Montevideo, Uruguay. Es una ciudad grande, que concentra la mitad de la población del país, pero, sin embargo, estimo que cumplía satisfactoriamente con los cuatro requisitos enumerados. Eso fue hace quince años, lo que resulta importante destacar, ya que mis visitas en años recientes han sido una desilusión. Cuando yo vivía ahí, la sociabilidad se daba en cada esquina y en cada bar o café. El bienestar podía sentirse en las ambiciones materiales relativamente modestas, características de los uruguayos, en comparación con otras nacionalidades. La seguridad estaba garantizada por un sistema de bienestar social casi global y por una baja tasa de criminalidad en relación con otras capitales latinoamericanas. Existía pobreza, pero no miseria intolerable. La cultura era accesible en todas sus manifestaciones y en grandes proporciones. Había teatros y conciertos para satisfacer los gustos de cualquiera. Había una biblioteca pública que nunca se cerraba, donde se podía ver gente a toda hora del día o de la noche. Era una ciudad donde caminar era un placer; estaba llena de misterio y nos incitaba a descubrirlos. Era una ciudad en la que uno se sentía en “estado de coherencia espacio - temporal”.

Buenos Aires también tuvo gran atracción para mí en el pasado. He meditado mucho en estas experiencias, especialmente cuando me he sorprendido reaccionando muy desfavorablemente frente a otros centros metropolitanos donde he vivido. Mi conclusión es que las ciudades grandes que me han gustado - es

Decir, en las que me he sentido bien- son grandes pero contienen gran proporción de “pequeñez”. Ciudades como Montevideo y Buenos Aires están compuestas de muchos barrios, que tienen su propio sello, que conservan su propia identidad y costumbres tradicionales y que preservan un sabor de intimidad. Hay un sentido de diversidad que impide la monotonía. Esto es lo que las hace atractiva, pero sobre todo, gratas para vivir en ellas. Pero ¿por qué se encuentran estas características en algunas grandes ciudades y no en otros’

Me parece que si uno tuviera que individualizar otras ciudades que reflejaran la misma imagen que acabo de descubrir, descubriría que casi todas ellas habían llegado a ser grandes antes del período de rápida industrialización. Eso

es ciertamente así en América Latina, por lo menos. Las ciudades que crecieron como consecuencia de la industrialización generalmente carecen de un sello distintivo y parecen agobiadoramente monótonas. Hay además otras ciudades Saó Paulo ¿, por ejemplo- donde todo el encanto pre-industrial fue simplemente arrastrado en nombre del progreso.

Mi imagen –entonces- de una ciudad para seres humanos es la de una ciudad pequeña, u otra que ofrezca alternativas de pequeñez dentro de su grandeza. Ya que las dimensiones “humanizadoras” son dimensiones pequeñas, en todos aquellos lugares donde las grandes ciudades carecen del encanto de la diversidad interna, la iniciativa sensata es la de revitalizar las pequeñas ciudades que están luchando por sobrevivir, víctimas de un concepto errado de progreso.